

PUDENTE



Lo que esperábamos: un éxito colosal.

El teatro lleno. Más que lleno, llenísimo, atestado, sin cabida para un alfiler de punta como vulgarmente se dice.

Nunca con más motivo podría decirse que «todo San Sebastián» estaba oyendo el *Pudente* de Santesteban y Baroja.

Todas las clases sociales tenían numerosa representación y todas vieron fundidos sus sentimientos por el del amor patrio, que hacen vibrar los cantos populares de esta tierra.

Los aplausos y las ovaciones empezaron con la sinfonía. Ovaciones inmensas, sinceras, entusiastas, que surgieron á un tiempo de todas partes con caracteres de tempestad.

Todos los números del primer acto fueron frenéticamente aplaudidos.

El coro de hombres, nutrido de voces y afinado, cantó muy bien los primeros números de la obra, alcanzando grandes aplausos.

Los Sres. Flores, Olarán, Luzuriaga y Urtubi dominaron fácilmente la escena y dijeron su papel con segura entonación.

La señorita Garin, que fué saludada con una salva de aplausos, cantó magistralmente el zortziko de salida, supo vencer la emoción que la dominaba y obtuvo un verdadero triunfo.

Desde luego vió el público en ella una cantante de voz de agradable timbre y de volumen, y una artista que sabe pisar las tablas.

En el terceto final alcanzó con los señores Olarán y Luzuriaga una nueva ovación, mereciendo los tres artistas los honores del proscenio, después de bajado el telón.



No fué tan completa la interpretación del segundo acto, especialmente en el concertante final, número de grandes dificultades y de gran efecto, que debió repetirse por ser una de las páginas mejores de la obra.

El tenor señor Vidarte caminó de éxito en éxito. Lo fué su salida, que cantó con mucho gusto y acierto, y rayó á una gran altura en la dramática escena del final del acto, juntamente con la señorita Garin y los señores Flores y Luzuriaga, premiándoles el público con grandes aplausos.



El precioso preludeo del tercer acto fué lástima que no se tocase á telón corrido, porque el movimiento y ruido de la sala no permitieron que le saborease el público.

El coro de romanas fué repetido entre calurosas palmadas, no obstante haber salido un poco desafinado la primera vez, cosa nada extraña si se tienen en cuenta las detestables condiciones del teatro pues resulta que desde el escenario apenas si se oye la orquesta.

La segunda vez resultó bien. Sin embargo, nosotros no dejaríamos cantar á los muchachos, y en ello cifraríamos el éxito del número.

Los bailables, gustaron.

Pero el número culminante por decirlo así, y el que más ruidosa ovación alcanzó, fué el duo de tiple y tenor, repetido entre atronadores aplausos. La señorita Garin y el señor Vidarte mostráronse artistas consumados. Cantaron con pasión tan interesante escena, haciendo gala de sus raras facultades y atacando las escabrosidades del número con valentía coronada por el más brillante éxito.

Muy bien también el Sr. Vidarte en el zortziko final, deliciosa melodía que cantó con gran delicadeza.

Por último, el Sr. Olarán y el coro cantaron acertadamente el número final, arrancando los últimos y entusiastas aplausos del público.

De los artistas no queremos hacer (excepto de la señorita Garin) mención especial, porque todos cumplieron como buenos. Aquella demostró que es digna de la reputación de que goza y que su porvenir en la carrera del arte ha de ser muy brillante.

El Sr. Vidarte no decayó un instante y supo bordar su papel; el Sr. Flores es todo un buen cantante y demostró lo mucho que progresa y lo mucho que vale; el Sr. Olarán, que ya en diferentes veces

ha demostrado ser un excelente artista, lo confirmó también, cantando con gusto exquisito y dominando la escena; el Sr. Luzuriaga, tan bien como todos esperábamos de él, y otro tanto, en fin, decimos del Sr. Urtubi.

Los coros, admirables.

Y la orquesta bien en conjunto y discretamente dirigida por el señor Oñate.

Un aplauso á todos desde aquí, y eso que nos rompimos las palmas aplaudiendo la noche de Pascua.

El público llamó á escena varias veces al autor; pero el maestro estaba tranquilamente durmiendo en la cama.

La decoración del cuadro segundo del tercer acto, hizo un efecto admirable. Representa el interior de una mina, y pocas veces se verá en el teatro una ficción tan aproximada á la verdad. El público la aplaudió con justicia, y nosotros debemos proclamar los nombres del infatigable Miguel Salaverria, constructor del prodigio escénico, y de Cándido Elorza, pintor de la decoración.

La dirección de escena encomendada á los Sres. Salaverria y Alzaga, muy bien.

El director de coros Sr. Luzuriaga, merece también un aplauso sincero.

Nuestra más entusiasta y repetida enhorabuena á todos: Unión Artesana, autores y actores.

¡Aurrerá, mutillak!

